

Fuego salvador

Rafa Osuna



Capítulo 1

Dicen que nadie es capaz de crear un incendio mejor que un bombero.

Domingo. 03:17 horas. La alarma de incendio suena en el cuartel. Los fuegos, es lo que tienen, que no saben de festivos, noches, ni nada por el estilo. Pero para eso estamos nosotros, ¿no? Para atender estas emergencias sea el día y la hora que sea. Al fin y al cabo, llevábamos una noche muy tranquila y ya iba apeteciendo algo de acción.

Camino de nuestro destino, Lucas nos va poniendo en situación. Parece que se ha decretado un fuego de los buenos, de los que hacen que tengamos que esforzarnos de lo lindo. A algunos compañeros no les gusta este tipo de misiones. Prefieren cosas como bajar a un gatito de un árbol o abrir a hachazos la puerta de un garaje que se ha quedado atascada. Pero, como yo les digo: para eso no era necesario que os hiciésteis bomberos. Podríais haber sido voluntarios de la Cruz Roja o cerrajeros. Un bombero demuestra que es un bombero de verdad cuando se juega la vida en un incendio. Y esta vez parece que vamos a tener que demostrarlo.

—Incendio de grandes proporciones con al menos siete personas atrapadas dentro del edificio.

Según nos va dando más detalles Lucas (a él se los dan por la radio desde el cuartel) los semblantes de los compañeros cada vez reflejan una mayor seriedad y concentración. Esta vez vamos a jugar nos la vida para salvar otras.

Unos pocos segundos antes de llegar al destino, por la radio suena la última de las indicaciones. Lucas no tiene que transmitirla, porque el silencio en el que estamos hace que todos la escuchemos perfectamente:

—El edificio en llamas es el convento de Santa Catalina. Creemos que quedan varias monjas dentro.

Sin que ni siquiera llegue a parar del todo el camión, todos nosotros ya hemos saltado a la acera. Parece que la policía local ha llegado pocos minutos antes que nosotros y están terminando de acordonar el perímetro. Lucas se dirige inmediatamente al sargento de los polis.

—Según la superiora, en el edificio había siete monjas. Tenemos a seis de ellas aquí fuera. Parece que la séptima todavía puede estar en su dormitorio —le dice el sargento a Lucas.

—¡La hermana Lucía! Segunda planta, la segunda puerta de la derecha.

¡Por favor!

No me paro a mirar quién me da esa información. Una de las monjas que ya está a salvo, supongo. ¡Venga! ¡Vamos a demostrar quién es el más valiente de la cuadrilla!

Pensaba que me iba a tener que arriesgar más pero la verdad es que no se trata de ninguna heroicidad lo que hago. El incendio, por ahora, está localizado en la segunda planta y, por suerte no tengo que subir ahí. Nada más entrar en el edificio me encuentro con la hermana Lucía tosiendo y corriendo hacia la puerta. Ha podido bajar desde su dormitorio por su propio pie. Lo único que tengo que hacer yo es guiarla hasta la salida porque con el humo que hay no ve nada. Vamos, que lo que iba a ser una misión arriesgada y peligrosa se queda simplemente en ayudar a una monja a dar diez pasos para llegar a la puerta.

Sin embargo, es salir del edificio y encontrarme con todas las compañeras de Sor Lucía repartidas entre los abrazos y besos a ella y los que me dan a mí, muy agradecidas por haber rescatado a su compañera de congregación. En fin, no les voy a decir que realmente no he tenido que hacer nada realmente heroico.

Unos minutos después estoy con Lucas y el sargento de la policía redactando el parte de lo ocurrido. Han llegado varias ambulancias y, aunque dudo que vaya a ser necesario hospitalizar a nadie, están haciéndole un reconocimiento a todas las monjas. Poco tiempo después el fuego está sofocado y nos volvemos al cuartel. No ha sido el rescate del siglo, los ha habido mucho mejores, pero nos ha servido para mantenernos ocupados.

Lo que no sabía yo era que esa intervención iba a traerme unas consecuencias nada agradables.

A los cuatro días, en el primer turno que tuve después de aquella noche, apareció por el cuartel Sor Lucía. Antes me habían dicho los compañeros que ya había estado por ahí preguntando por mí varias veces desde la mañana siguiente al incendio de su convento. En principio no me sorprendió mucho. Es relativamente frecuente que personas rescatadas por los bomberos pasen luego a darle las gracias a su salvador. Sor Lucía me dijo que no dejaba de rezar por mí desde que la rescaté. Que, es más, toda la congregación, ahora alojadas en otro convento vecino, no hacían más que orar por mí.

Y, ¿qué queréis que os diga? Yo agradezco todas las formas de gratitud pero eso de que recen por mí, me da un poco de yu-yu. Le dije a Sor Lucía que no era necesario. Aun así, ella insistió y me indicó que iba a seguir rezando por mi alma día y noche. Que no podía hacer menos por la

persona que le había salvado la vida.

En fin. Lo dejé pasar. Seguro que en poco tiempo encontraría algún otro motivo por el que pasar las horas rezando y se olvidaría de mí.

Y volvió al día siguiente. Esta vez me avisaron de que Sor Lucía me esperaba en la puerta del cuartel con una sorpresita. Cuando salí a ver a la monja me quedé de piedra. Había creado una especie de altar pequeño que había colocado en el alféizar de una ventana del cuartel. Ahí había una virgen, cuatro velas rojas encendidas... ¡y una foto mía! ¿De dónde había sacado esa monja una foto mía? ¿Me habría buscado en Facebook? Tengo que restringir un poco mi visibilidad en redes sociales.

No es fácil decirle a una monja que asegura que te debe la vida que ese tipo de altar es tétrico. Que por favor, deje de agradecerte nada. Que ni siquiera rece por ti, por favor. Y como no es fácil, no lo hice. No le dije nada. Grave error.

Grave error porque a partir de ese momento la cosa fue de mal en peor. En mi siguiente turno me encontré la calle empapelada con carteles anunciando una misa en honor al bombero héroe.

Unos días después, estaba en el cuartel jugando al mus con los compañeros cuando oímos unos extraños cánticos, salimos corriendo hacia la puerta. Nos encontramos con un coro de unas 50 monjas cantando vivas al Señor por haber puesto en su camino a un salvador de almas. Es decir, a mí.

Ya no podía más. Esta situación me estaba afectando anímicamente. Me encontraba muy nervioso a cualquier hora. Me costaba mucho quedarme dormido por las noches y, cuando lo hacía, tenía pesadillas horribles en las que una horda de monjas zombis me perseguía hasta que, a punto de atraparme, me despertaba empapado en sudor.

Después de una de estas pesadillas, la peor de todas, me dije que esto no podía seguir así. Esta situación estaba acabando conmigo. Y, de repente, me vino una idea a la cabeza y tuve claro lo que iba a hacer.

Al día siguiente, en uno de mis días libres, ojeando la prensa online vi la noticia: «Mueren 37 monjas en un incendio. Es el segundo convento que arde en un mes».

Dicen que nadie es capaz de crear un incendio mejor que un bombero.